

---

## COMENTARIOS

---

# Presencia política de la Iglesia en Polonia

La Iglesia polaca ha venido conviviendo extraordinariamente bien con los comunistas polacos. La verdad es que los comunistas polacos han venido conviviendo muy bien con los católicos polacos y con la Iglesia católica. Después de unos primeros años de gran tensión, la Iglesia católica como fuerza social y el partido comunista (POUP) como fuerza política han aprendido a convivir. Los comunistas vieron que no se podía terminar con la fe de un pueblo, que hizo muchas veces de su religión el principio de unidad nacional y la inspiración para resistir contra poderes extranjeros. La Iglesia se dedicó a reforzar la fe de los cristianos y a imbuir esa fe de sentido nacional. Los efectos hasta ahora no puede decirse que hayan sido malos, al menos para la Iglesia. Después de más de treinta años de régimen comunista, la Iglesia está más viva y fuerte que nunca; y, a su vez, los comunistas polacos han mostrado una flexibilidad y una independencia frente a Moscú, de las que no son ajenas ni su sentido nacionalista ni la presión de los católicos.

Indudablemente Polonia se encuentra ahora en grandes problemas, cuyo origen es fundamentalmente económico. Los dirigentes del partido comunista, carentes de oposición y de autocrítica cayeron en vicios flagrantes de corrupción e incompetencia, que han llevado al país al borde del colapso económico. Una gran parte de la masa trabajadora se ha puesto en contra de ellos. Sería engañarse atribuir esta oposición de la masa obrera, aunada en el Sindicato Solidaridad, a maniobras del imperialismo internacional o

a acciones secretas de la Iglesia. El descontento es real y surge de causas objetivas, cualesquiera sean los elementos subjetivos, de que quienes quieran sacar partido anticomunista de esta situación. Y esto debe ser una lección para aquellos países, sobre todo si su masa poblacional es creyente, que son gobernados por partidos comunistas. La solución no está en estrangular la fe cristiana sino en ponerse al servicio real de las necesidades populares, dejando de lado prejuicios dogmáticos.

La Iglesia de otros países tiene también mucho que aprender. Se puede tratar y convivir con regímenes comunistas, siempre que se esté más preocupado por la fe que por el poder, por el bien del pueblo que por el bienestar de las clases poderosas o por el mantenimiento del orden establecido. Tanto en Nicaragua como en El Salvador y Guatemala, la Iglesia tiene grandes dificultades en orientarse políticamente, porque acepta como un dogma que la fe o la vida de la Iglesia no son posibles bajo regímenes comunistas. Apela a experiencias como las de Hungría o las de Cuba, pero no hace caso del ejemplo más llamativo de Polonia. De este ejemplo debiera sacar la consecuencia de que no todos los comunismos son iguales y de que no son iguales todas las formas de vivir el cristianismo. No se puede sacar la consecuencia de que siempre, en todo lugar y necesariamente un régimen comunista hace imposible la fe y la vida cristianas. Más bien se debe sacar la consecuencia de que lo importante es respetar la opción comunista, si

es que realmente está puesta al servicio del pueblo y de las mayorías desposeídas y que lo que se debe hacer es dedicarse a promover la fe más que a atacar posiciones comunistas, a no ser que éstas vayan contra el bien del pueblo.

El caso concreto de Polonia es en este punto muy significativo. El día 4 de noviembre se ha tenido en Varsovia una insólita cumbre oficial y pública entre el general Jaruzelski, primer secretario del POUP y jefe del gobierno polaco. Lech Walesa, el dirigente católico presidente del sindicato Solidaridad y el arzobispo Jozef Glem, primado de la Iglesia polaca, recién nombrado por Juan Pablo II, arzobispo de Varsovia. Ni los católicos ni la jerarquía hacen ascos a conversaciones y arreglos con los comunistas; más aún, se está buscando una estricta colaboración. La Iglesia y el sindicato están tratando de calmar el descontento popular y piden colaboración con las propuestas del gobierno. Claro que en el fondo está el temor a la intervención soviética, caso de que los sindicalistas, mayoritariamente católicos, intentaran por la fuerza un cambio de régimen. Pero esto no desvirtúa lo fundamental del hecho.

Lo fundamental del hecho tiene las siguientes características: a) la Iglesia polaca interviene en política de una manera abierta, porque así lo exige y en la medida en que así lo exige el bien común; b) la Iglesia polaca lejos de enardecer oficialmente los ánimos contra los dirigentes comunistas y contra el partido comunista trata de entrar en diálogo con ellos; c) la Iglesia polaca se esfuerza en alimentar la fe de sus fieles a la vez que da una proyección política a esa fe; d) la Iglesia polaca procura que no se manipule la fe del pueblo en beneficio de intereses capitalistas-imperialistas o simplemente pro-occidentales.

No es que sea un modelo ideal ni que sea un modelo que deba ser copiado mecánicamente. Pero tal vez la Iglesia de Nicaragua

tendría algo que aprender de este ejemplo y, de otra forma, porque las circunstancias son distintas, también las Iglesias de Guatemala, El Salvador y Honduras. El problema es, sin duda, complejo y tiene sus claroscuros tanto en lo político como en lo estrictamente cristiano. Tampoco puede asegurarse que no vaya a romperse el equilibrio por la exageración de unos provocadores o por la impaciencia de los soviéticos, cuando no por juegos estratégicos de equilibrio mundial. Es posible, por ejemplo, que la intervención norteamericana en El Salvador o en Nicaragua lleve forzosamente a la intervención soviética en Polonia; es posible que la incapacidad de resolver los problemas económicos de Polonia lleve a alguna suerte de levantamiento popular. Pero estas posibilidades no quitan que la línea seguida hasta aquí sea ilustrativa tanto para los movimientos marxistas como para la política de la Iglesia.

Los marxistas podrían creer que la fe de los cristianos se está volviendo contra su régimen y podrían querer sacar de ahí la consecuencia de que una de sus tareas ideológicas principales es la de ahogar la fe. Habrán visto en Polonia que esto no es tan fácil y, además, habrán visto que la Iglesia se está constituyendo allá en una fuerza de moderación. Los cristianos podrían creer que cualquier régimen marxista acaba terminando con la fe del pueblo y podrían querer sacar de ahí la conclusión de que lo que se debe hacer ante todo es combatir ideológica, políticamente y aun por medio de la insurrección, cualquier tipo de régimen marxista. Tanto los unos como los otros cometerían una grave equivocación. Habrán visto en Polonia que ese no es el camino, porque no es eso lo que allá ha sucedido.

E.B.

5 de noviembre de 1981.